

IEP - Instituto de Estudios Peruanos

**Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones
de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú**

¿QUÉ ES UNA NACIÓN?*

Ernest Gellner

Módulo: Aproximaciones teóricas: Nación

Sesión 4, Lectura N° 3

Lima, Junio del 2002

Procedencia del texto:

<http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/4sesgell.pdf>

-
- En: Ernest Gellner, Naciones y nacionalismos. Alianza Editorial, Madrid, 1997. Capítulo 5, Pp. 77-88.

¿QUE ES UNA NACIÓN? *

Ernest Gellner

Por fin estamos en condiciones de intentar dar una respuesta plausible a esta pregunta. En principio habría dos candidaturas especialmente prometedoras para elaborar una teoría de la nacionalidad: voluntad y cultura. Ni que decir tiene que ambas son importantes y relevantes, pero parece igualmente claro que ninguna de las dos es siquiera remotamente suficiente, y resulta instructivo pararse a pensar por qué esto es así.

No cabe duda de que la voluntad o aquiescencia constituye un factor muy importante en la formación de los grupos, ya sean éstos grandes o pequeños. La especie humana siempre se ha organizado en grupos de todos tamaños y formas, unas veces claramente definidos y otras de una forma un tanto vaga, en ocasiones netamente diferenciados entre sí y en otras superpuestos o interrelacionados. La diversidad de estas posibilidades y de los principios según los cuales los grupos se han formado y mantenido es infinita. Sin embargo, en la formación y mantenimiento de los grupos se dan por dos agentes genéricos o catalizadores claramente fundamentales: por un lado, la voluntad, la adhesión voluntaria y la identificación, la lealtad y la solidaridad, y, por otro, el temor, la opresión y la coacción. Estas dos posibilidades constituyen las bandas opuestas del espectro. Puede que haya comunidades que se basen de forma exclusiva o muy preponderante en una u otra, pero son más bien escasas. La mayoría de los grupos que perduran se basan en una mezcla de lealtad e identificación (de adhesión

* En: Ernest Gellner, Naciones y nacionalismos. Alianza Editorial, Madrid, 1997. Capítulo 5, Pp. 77-88.

voluntaria) e incentivos positivos o negativos ajenos (esperanzas y temores).

Si en un imaginario mar echamos a modo de red la definición de nación como grupo que quiere perdurar como comunidad,¹ la pesca será abundante. Al recogerla veremos que incluye con seguridad las comunidades que podemos reconocer como naciones efectivas y dotadas de cohesión: estas auténticas naciones realmente quieren serlo, y su vida será a buen seguro una especie de plebiscito continuo y autoafirmativo. Pero, desgraciadamente, esta definición se puede aplicar asimismo a la mayoría de los clubes, conspiraciones, bandas, equipos y partidos por no hablar de las incontables comunidades de asociaciones de la era preindustrial que ni se gestaron ni definieron de acuerdo con el principio del nacionalismo y que se opusieron a él. Voluntad, aquiescencia e identificación siempre han estado presentes en el teatro del mundo, aun cuando las acompañaran, y lo continúen haciendo, la especulación, el miedo y el interés. (Cuestión interesante y controvertida es si la pura inercia, la persistencia de colectivos y asociaciones, debe considerarse un acuerdo tácito o algo más.)

La autoidentificación tácita ha operado en favor de todo tipo de agrupamientos mayores o menores que naciones, agrupamientos que las cruzaban, que se definían horizontalmente o de cualquier otra forma. En otras palabras, aun cuando la voluntad sea la base de una nación (parafraseando una definición idealista de estado), lo es a la vez de tantas otras cosas que no nos permite definir el concepto de nación de esa forma. Si nos parece tentadora es sólo porque en la era moderna, nacionalista, los objetos de identificación son las unidades nacionales, y ello a causa de que aquellos otros tipos de grupos hoy en día caen el olvido muy fácilmente. Los que dan por sentados los presupuestos tácitos del nacionalismo se los atribuyen erróneamente y para todas las épocas a la humanidad en conjunto. Sin embargo, una definición ligada a los presupuestos y condicionamientos de una época

¹ Ernest Renan, «Qu'est-ce qu'une nation?», reeditado en Ernest Renan et l'Allemagne, textos recopilados y comentados por Emile Bure, Nueva York 1945. [Edición castellana: ¿Qué es una nación?, Alianza Editorial, 1988.]

(una exageración, por tanto) no puede utilizarse provechosamente para ayudar a explicar el surgimiento de esa era.

Cualquier definición de nación en términos de cultura común nos proporcionará asimismo pesca abundante. La historia del hombre está y seguirá estando bien provista de diferenciaciones culturales. Las fronteras culturales unas veces están muy bien definidas y otras son muy difusas; las pautas pueden ser terminantes y sencillas, o bien tortuosas y complejas. Por las razones en que tanto hemos insistido, esta riqueza de diferenciación generalmente no coincide, y de hecho no puede hacerlo, ni con los límites de las unidades políticas (la jurisdicción de las autoridades efectivas) ni con los de las unidades bendecidas con los sacramentos democráticos de la aquiescencia y la voluntad. Ello obedece sencillamente a que el mundo agrario no tenía posibilidad de ser tan nítido. El mundo industrial tiende a serlo. O al menos a aproximarse a tal simplicidad, pero eso es otra cuestión, y además hoy existen factores especiales que lo hacen posible.

El establecimiento de culturas desarrolladas y difundidas (sistemas de comunicación estandarizados y basados en la alfabetización), proceso que gana terreno rápidamente en todo el mundo, ha hecho que cualquier persona demasiado inmersa en las asunciones contemporáneas pueda pensar que es posible definir la nacionalidad atendiendo a la cultura común. Actualmente la gente sólo puede vivir en unidades definidas por una cultura común y fluidas internamente. El pluralismo cultural auténtico deja de ser viable en condiciones normales. Sin embargo, un poco de conciencia histórica o de preparación sociológica disipa la ilusión de que siempre haya sido así. En el pasado las sociedades culturalmente plurales funcionaban por regla general perfectamente; tan bien, de hecho, que a veces se inventaba la pluralidad cultural allí donde estaba ausente.

Teniendo en cuenta que estas convincentes razones cierran el acceso a estas dos, en principio, prometedoras sendas para la definición de nacionalidad, hemos de preguntarnos si existe alguna otra.

La gran -pero válida- paradoja es la siguiente: las naciones sólo pueden definirse atendiendo a la era del nacionalismo, y no, como

pudiera esperarse, a la inversa. La era del nacionalismo no es la simple suma del despertar y la afirmación política de tal o cual nación. Lo que ocurre es, más bien, que cuando las condiciones sociales generales contribuyen a la existencia de culturas desarrolladas estandarizadas, homogéneas y centralizadas, que penetran en poblaciones enteras, y no sólo en minorías privilegiadas, surge una situación en la que las culturas santificadas y unificadas por una educación bien definida constituyen prácticamente la única clase de unidad con la que el hombre se identifica voluntariamente, e incluso, a menudo, con ardor. Hoy en día las culturas parecen ser las depositarias naturales de la legitimidad política. Sólo entonces constituye un escándalo cualquier desafío que hagan unidades políticas a sus fronteras.

Es en estas condiciones, y sólo en ellas, cuando puede definirse a las naciones atendiendo a la voluntad y la cultura, y, en realidad, a la convergencia de ambas con unidades políticas. En estas condiciones el quiere estar políticamente unido a aquellos, sólo a aquellos, que comparten su cultura. Es entonces cuando los estados quieren llevar sus fronteras hasta los límites que define su cultura y protegerla e imponerla gracias a las fronteras marcadas por su poder. La fusión de voluntad, cultura y estado se convierte en norma, y en una norma que no es fácil ni frecuente ver incumplida. (En tiempos lo fue casi universalmente con impunidad, pero no fue cosa que llamara la atención ni que se discutiera.) Tales condiciones no definen la situación del hombre en sí; sólo definen su variante industrial.

El nacionalismo engendra las naciones, no a la inversa. No puede negarse que aprovecha, si bien de forma muy selectiva, y a menudo transformándolas radicalmente, la multiplicidad de culturas, o riqueza cultural preexistente, heredada históricamente. Es posible que se haga revivir lenguas muertas, que se inventen tradiciones y que se restauren esencias originales completamente ficticias. Pero este aspecto culturalmente creativo e imaginativo, positivamente inventivo, del ardor nacionalista no capacita a nadie para concluir erróneamente que el nacionalismo es una invención contingente, artificial, ideológica, que no habría surgido si esos condenados y entrometidos pensadores eu-

ropeos que no tienen otra cosa que hacer no lo hubiesen urdido e inculcado fatídicamente en la sangre de comunidades que de cualquier otro modo habrían sido viables políticamente. Los retales y parches culturales que utiliza el nacionalismo a menudo son invenciones históricas arbitrarias.

Cualquier otro retal con su consiguiente parche habría servido también. Pero de ello no puede deducirse de ninguna manera que el principio del nacionalismo en sí, al revés de los avatares que ha de pasar hasta su encarnación, sea de algún modo contingente y accidental.

Nada más lejos de la verdad que esta suposición. El nacionalismo no es lo que parece, pero sobre todo no es lo que a él le parece ser. Las culturas cuya resurrección y defensa se arrojan son frecuentemente de su propia invención, cuando no son culturas modificadas hasta llegar a ser completamente irreconocibles. Pese a todo esto, y a diferencia de cada una de sus formas específicas y de los disparates individualmente diferenciadores que pueda preconizar, el principio nacionalista en sí está profundamente arraigado en nuestra condición actual, no es contingente en absoluto y no se le puede negar fácilmente.

Durkheim enseñó que lo que adora la sociedad en el culto religioso es su propia imagen enmascarada. En una era nacionalista las sociedades se adoran abiertamente y descaradamente, prescindiendo de todo disimulo. En Nuremberg, la Alemania nazi no se autoadoró utilizando el culto a Dios, ni siquiera a Wotan, como medio; sencillamente autoadoró, y sin ningún rubor. De forma mucho más templada, pero igualmente significativa, los preparados teólogos modernos no creen ni siquiera les preocupan los aspectos doctrinales de su fe que tanta importancia tuvieron para sus predecesores. El mero y único valor que les dan es el de herramientas conceptuales y rituales mediante las cuales una tradición social consolida sus valores, su continuidad y su solidaridad, viéndolos, de esta suerte, desde algo así como un autofuncionalismo bufo; a la vez, y sistemáticamente, ensombrecen e intentan minimizar la diferencia entre esta “fe” tácitamente reduccionista y la realidad que la precedió y que desempeñó papel tan crucial en los albores de la historia de Europa, papel que nunca podrían haber desem-

peñado las actuales versiones, diluidas y abreviadas hasta ser irreconocibles. No obstante, el hecho de que la egolatría social, ya chillona y virulenta, ya sibilina y moderada, se convierta en una egolatría abiertamente confesada, dejando de ser un medio de veneración encubierta de la sociedad pese a ser a través de la imagen de Dios, como Durkheim recalcó, no significa que el modo actual sea más sincero que el de una era durkheimiana. La comunidad ha dejado de poder verse a través del prisma de lo divino; pero el nacionalismo tiene amnesias y selecciones propias que, aun pudiendo ser rigurosamente seculares, pueden ser también profundamente deformadoras y engañosas.

El engaño y autoengaño básicos que lleva a cabo el nacionalismo consisten en lo siguiente: el nacionalismo es esencialmente la imposición general de una cultura desarrollada a una sociedad en que hasta entonces la mayoría, y en algunos casos la totalidad, de la población se había regido por culturas primarias. Esto implica la difusión generalizada de un idioma mediatizado por la escuela y supervisado académicamente, codificado según las exigencias de una comunicación burocrática y tecnológica módicamente precisa. Supone el establecimiento de una sociedad anónima e impersonal con individuos atomizados intercambiables que mantiene unidos por encima de todo una cultura común del tipo descrito, en lugar de una estructura compleja de grupos locales previa sustentada por culturas populares que reproducen local e idiosincrásicamente los propios microgrupos. Eso es lo que ocurre realmente.

Sin embargo, esto es exactamente lo contrario de lo que afirma el nacionalismo y de lo que creen a pies juntillas los nacionalistas. El nacionalismo suele conquistar en nombre de una supuesta cultura popular. Extrae su simbolismo de la existencia sana, inmaculada del pueblo, del Volk, del narod. Cuando los que rigen a ese narod o Volk son representantes de una cultura desarrollada distinta, ajena, cuya opresión en un principio puede combatirse mediante una resurrección y afirmación culturales, y en última instancia mediante una guerra de liberación nacional, hay cierta dosis de verdad en la presentación que

de sí hace el nacionalismo. Si este prospera, elimina la cultura desarrollada extraña, pero no la reemplaza por la antigua cultura primaria local; resucita, o inventa, una cultura desarrollada local (alfabetizada, transmitida por especialistas) propia que, no obstante, conserva algunos puntos de contacto con los primeros modos de vida y dialectos populares locales. Fueron las grandes damas de la Opera de Budapest quienes salieron a la calle con una indumentaria popular o que pretendía serlo. Hoy en día el sector de la Unión Soviética que escucha discos “étnicos” no es la población rural étnica superviviente, sino la recientemente urbanizada, la que ocupa apartamentos, una población instruida y usuaria de más de una lengua² que gusta de publicar sus raíces y sentimientos, reales o imaginarios, y que sin duda adoptará una actitud tan nacionalista como la situación política le permita.

Así pues, todavía existe un autoengaño sociológico, una visión de la realidad a través del prisma de la ilusión, pero no es el mismo que en su día analizó Durkheim. La sociedad ya no volverá a adorarse a través de símbolos religiosos; las culturas avanzadas modernas, aerodinámicas y sobre ruedas, se ensalzan mediante la música y la danza que toman (estilizándolas en el proceso) de culturas populares a las que ingenuamente creen estar perpetuando, defendiendo y reafirmando.

El camino que ha de recorrer el verdadero nacionalismo nunca ha sido fácil

Un guión característico de la evolución de un nacionalismo -más adelante tendremos ocasión de volver a él- puede ser algo parecido a lo siguiente. Los *ruritanos* eran una población campesina que hablaba un conjunto de dialectos relacionados y más o menos mutuamente inteligibles, y que habitaban una serie de pequeñas regiones aisladas, pero no muy separadas, pertenecientes al imperio de *Megalomania*.

² Yu. V. Bromley et al., *Sovremennye Etnicheskie Protssesy v SSSR* [Procesos étnicos contemporáneos en la URSS], Moscú, 1975

Sólo estos campesinos hablaban el lenguaje ruritano, o mejor dicho, los dialectos que podría decirse que lo componían. La aristocracia y la burocracia utilizaban el lenguaje de la corte megalomana, que pertenecía a un tronco lingüístico diferente de aquel a partir del cual derivaron los dialectos ruritanos. La mayoría de los campesinos ruritanos, aunque no todos, eran miembros de una iglesia cuya liturgia provenía, a su vez, de otro tronco lingüístico; muchos de los sacerdotes de ésta, especialmente aquellos que ocupaban las altas jerarquías, hablaban un lenguaje que era una evolución moderna y vernácula del lenguaje litúrgico de su credo y que estaba asimismo muy alejado del ruritano. Los pequeños comerciantes de los pueblos que abastecían la campiña ruritana provenían, a su vez, de un grupo étnico diferente, tenían otra religión y el campesinado ruritano los odiaba profundamente.

En el pasado, éste pasó por grandes aflicciones, conmovedora y hermosamente plasmadas en sus endechas (recogidas concienzudamente por maestros rurales a finales del siglo XIX, y que se han hecho muy conocidas para el público musical internacional a través de las partituras del gran compositor nacional ruritano L.). La penosa opresión sufrida por el campesinado ruritano dio lugar en el siglo XVIII a la resistencia guerrillera dirigida por el famoso bandolero generoso ruritano K., cuyas hazañas, se dice, aún están vivas en la memoria popular local, sin contar varias novelas y dos películas, una de ellas producida por el artista nacional J Z., bajo los más altos auspicios, muy poco después de la proclamación de la República Popular Socialista de Ruritania.

Por amor de la honestidad se reconoce que el bandolero generoso fue capturado por sus propios compatriotas y que el tribunal que lo condenó a muerte tuvo como presidente a otro compatriota. Es más, poco después de que Ruritania consiguiese por primera vez su independencia una circular que anduvo entre sus ministros de Interior, Justicia y Educación, especulaba acerca de si no sería más rentable políticamente ensalzar a las unidades de defensa rural que se enfrentaron al bandolero generoso y sus secuaces en vez de a éste, con el objeto de no propiciar la animadversión hacia la policía. Un cuidadoso

análisis de las canciones populares tan esmeradamente recopiladas en el siglo XIX ahora incorporadas al repertorio de la organización que promueve las acampadas y el deporte entre la juventud ruritana apenas revela descontento serio alguno del campesinado respecto a su situación cultural o lingüística, aunque lo apesadumbraran otros asuntos más materiales. Al contrario, la conciencia de pluralismo lingüístico que existe en las letras de las canciones es irónica, jocosa y risueña, y en parte consiste en retruécanos bilingües, a veces de dudoso gusto. También es verdad que una de las más emotivas -yo solía cantarla en los corros que se hacían frente al fuego en los campamentos a que me enviaban durante mis vacaciones de verano- cuenta la historia de un zagal que estaba apacentando tres bueyes en el pastadero que tenía su señor (sic) cerca de los bosques, cuando fue sorprendido por un grupo de bandoleros generosos que le pidieron que les entregara su pellico. La temeridad y la falta de conciencia social le llevaron a negarse a ello y lo mataron. Ignoro si esta canción se reescribió cuando Ruritania se hizo socialista. De cualquier modo, y para volver al tema principal, aunque las canciones suelen contener quejas respecto a las condiciones de vida del campesinado, no dan pie al florecimiento de un nacionalismo cultural. Eso todavía estaba por llegar, y presumiblemente es lo que hace que se dé una fecha más tardía a la composición de dichas canciones. En el siglo XIX tuvo lugar una explosión demográfica y algunas áreas del imperio de Megalomania -aunque no Ruritania- se industrializaron rápidamente. Los campesinos ruritanos se vieron compelidos a buscar trabajo en áreas industrialmente más desarrolladas, consiguiéndolo algunos en las espantosas condiciones que imperaban en aquella época. Al ser paletos atrasados que hablaban un lenguaje poco inteligible y raramente escrito o enseñado, recibieron un trato especialmente malo en las ciudades a cuyos arrabales habían ido a parar. Al mismo tiempo, muchachos ruritanos destinados a seguir la carrera eclesiástica y educados tanto en el lenguaje de la corte como en el litúrgico, se vieron influenciados por las nuevas ideas liberales durante su instrucción secundaria, optaron por una enseñanza secolar en la universidad y acabaron siendo periodistas, maestros y profesores, en vez de sacerdotes. Algunos etnógrafos, musicólogos e histo-

riadores extranjeros extranjeros, no ruritanos, que habían acudido a estudiar Ruritania les alentaron a ello. La continua emigración de mano de obra, el gran incremento en la adquisición de la instrucción elemental y el proselitismo proveyeron a estos despertadores de conciencia ruritanos de una audiencia cada vez más numerosa.

Claro está que si los ruritanos querían (y muchos quisieron), podían asimilarse perfectamente al dominante lenguaje de Megalomania. Ningún rasgo transmitido genéticamente o arraigada costumbre religiosa diferenciaba a un ruritano instruido de un megalomano instruido. De hecho, muchos se asimilaron, y frecuentemente sin molestarse en cambiar su nombre; por ello la guía telefónica de la vieja capital de Megalomania (actualmente la República Federal de Megalomania) está llena de nombres ruritanos, si bien por regla general escritos chocantemente a la manera megalomana y adaptados a su fonética. La cuestión es que después del duro y doloroso comienzo que sufrió la primera generación, los descendientes de los emigrantes ruritanos no tenían unas perspectivas demasiado malas; es más, dada su buena disposición para el trabajo, probablemente eran por lo menos tan buenas como las de sus paisanos megalomanos no ruritanos. Así fue como esta descendencia llegó a tomar parte en la creciente prosperidad y generalizada proliferación de la burguesía que se acabó produciendo en la región. Teniendo en cuenta que las oportunidades para el individuo aumentaron, quizá hubiera sido posible conjeturar que dejaría de haber necesidad de un nacionalismo ruritano virulento.

Sin embargo, se dio. Creo que hablar de premeditación en los participantes del movimiento sería completamente erróneo. Subjetivamente puede suponerse que poseían las motivaciones y los sentimientos que tan bien expresó la literatura de la resurrección nacional. Aun viendo las virtudes campestres que todavía podían encontrarse en sus valles natales, les dolían la miseria y el abandono en que se hallaban; de igual modo les dolían la discriminación a que sus compatriotas estaban sometidos y la alienación de la cultura nativa a la que estaban condenados en los arrabales de las ciudades industriales. Clamaron contra estos males y muchos de sus paisanos les escucharon. La forma

en que Ruritania consiguió su independencia cuando la situación política internacional lo propició es ya parte de la historia, y no es éste el lugar para repetirla.

Debemos insistir en que no hay por qué suponer ninguna premeditación interesada por parte de nadie. Los intelectuales nacionalistas rebosaban de ardor vehemente y generoso por sus compatriotas. Cuando seguían sus costumbres populares y trepaban por las colinas componiendo poemas en los claros del bosque ni siquiera podían imaginar que llegaría un día en el que se convertirían en grandes burócratas, embajadores y ministros. Del mismo modo, los campesinos y trabajadores a los que llegaron adquirieron una rabiosa conciencia de su condición, pero poco pudieron imaginar que habría planes de desarrollo industrial que acabarían llevando una fábrica siderúrgica (relativamente inútil, como después se vio) al mismo corazón de los valles ruritanos, arruinando por completo un área considerable de campos de cultivo y pastos. Sería totalmente erróneo intentar reducir estos sentimientos a elucubraciones sobre beneficios materiales o movilidad social. En ocasiones las , teorías actuales se ven como una reducción del sentimiento nacional a proyectos de promoción social. Sin embargo, tal percepción es falsa. Antiguamente no tenía sentido preguntarse si los campesinos amaban su cultura: era una cosa que estaba ahí, como el aire que respiraban, y ninguno de ellos tenía conciencia de ella. Cuando la emigración en busca de trabajo y el empleo burocrático se convirtieron en rasgos cotidianos de su horizonte social, pronto advirtieron la diferencia entre tratar con un compatriota, alguien que entendía su cultura y simpatizaba con ella, y tratar con alguien que le era hostil. Fue precisamente esa experiencia la que les enseñó a tomar conciencia de su cultura ya amarla (o, claro está, a desear desembarazarse de ella), sin que existiera ninguna elucubración consciente en torno a los beneficios y buenas perspectivas de la movilidad social. En las comunidades autosuficientes estables la cultura suele hacerse. En las comunidades la comunicación fuera de contexto se convierten en núcleo de la vida social, la cultura en que se nos ha enseñado a comunicarnos se convierte en la esencia de la propia identidad.

De haber existido este cálculo (que no existió), debió de ser en un buen número de casos {aunque no en todos) muy acertado. De hecho, dada la cuando menos relativa escasez de intelectuales ruritanos, los más cualificados obtuvieron en la Ruritania independiente colocaciones mucho mejores que las que la mayoría de ellos hubieran podido esperar en la gran Megalomania, donde tenían que competir con grupos étnicos educativamente más desarrollados. En cuanto a los campesinos y los trabajadores, no se beneficiaron de forma inmediata, pero que se trazase una frontera política circunscribiendo la redefinida Ruritania étnica significó a la postre el fomento y protección de las industrias de la zona, y ulteriormente la drástica disminución de la necesidad de emigración laboral hacia otros lugares. Todo esto nos lleva a lo siguiente: durante el período inicial de la industrialización, aquellos que llegan al nuevo orden provenientes de grupos lingüísticos y culturales alejados de los pertenecientes al centro más avanzado tropiezan con considerables obstáculos, más, incluso, que los nuevos proletarios económicamente débiles que tienen la ventaja de compartir la cultura de los dirigentes políticos y económicos. No obstante, el distanciamiento cultural y lingüístico, y la capacidad de diferenciarse de otros, que para los individuos constituyen rémoras, pueden ser, y suelen acabar siendo, una auténtica ventaja para las colectividades, o colectividades en potencia, de tales víctimas del naciente nuevo mundo, ya que posibilitan concebir y expresar su resentimiento y descontento en términos inteligibles.

Anteriormente los ruritanos habían sentido y pensado en función de la unidad familiar y la aldea, como mucho del valJe, y posiblemente, a veces, de la religión. Ahora, inmersos en el crisol de un desarrollo industrial naciente, ya no tenían ni valle ni aldea, a veces ni siquiera familia; pero había allí más individuos míseros y explotados, y muchos de ellos hablaban dialectos semejantes al suyo, mientras que la mayoría de los ricos hablaban algo bastante extraño; y así fue como de este contraste, y con el aliento de aquellos periodistas y maestros, nació el nuevo concepto de nación Ruritana y no fue una ilusión: la consecución de algunos de los objetivos del naciente movimiento nacional ruritano supuso un alivio de los males que habían contribuido a

engendrarlo. Es posible que este alivio hubiese llegado de todos modos, pero habiéndolo hecho bajo este ropaje nacional dio a luz una nueva cultura desarrollada y su correspondiente estado guardián.

Este es uno de los dos importantes principios de escisión que determinan el surgimiento de nuevas unidades cuando nace el mundo industrial con su sistema de pulmones artificiales culturales aislados. Podría llamársele el principio de barreras de comunicación, barreras que están basadas en las culturas preindustriales anteriores; es un principio que opera con una fuerza especial durante el período inicial de la industrialización. El otro principio, de igual importancia, podría llamarse el de los inhibidores de la entropía social y merece un tratamiento aparte. •